

BR65
A6
C4

CONFESIONES
DE
SAN AGUSTIN.
PRIMERA EDICION

Esta obra se expende en la
Encuadernacion de la 2.^a ca-
lle de San Ramon junto al
numero 6.



FONDO EL VALVERDE Y TELLEZ

132956

CONFESIONES

DE

SAN AGUSTIN.

LIBRO UNDECIMO.

*Repite los motivos que tuvo para escribir esta
Obra. Alaba á Dios por lo que habia adelan-
tado en la inteligencia de la divina Escritu-
ra. Declara de muchos modos aquellas pala-
bras del Génesis: En el principio crió Dios el
cielo y la tierra. Responde á los que pregun-
taban, qué hacia Dios antes de criar el cielo
y la tierra; haciéndoles ver lo absurdo de su
pregunta, con la diferencia que hay de la
eternidad al tiempo: sobre el cual hace mu-
chas reflexiones muy curiosas, sábias y admi-
rables.*

CAPITULO PRIMERO.

POR QUE LE CONFESAMOS A DIOS NUESTRAS AC-
CIONES SABIENDOLAS SU MAGESTAD, ANTES QUE
LAS CONFESAMOS.

POR ventura, Señor, siendo propia
de vos la eternidad, ¡será posible que dejeis
Tom. III. 1

008018

de saber lo que yo os refiero? ¿ó que véais sucesivamente las cosas que se hacen con sucesion del tiempo? Pues ¿para qué os hago relacion de tantas cosas? No lo hago ciertamente para informaros de ellas; sino para excitar (a) mi afecto y amor á vos, y el de aquellos que leyeren éstas Confesiones, para que todos digámos á una voz: *Grande sois, Señor, y digno de toda alabanza.* (b) (1)

Ya he dicho, y vuelvo á decir, que el deseo que tengo de amaros, (c) es el que me mueve á hacer esto. Porque tambien os pedimos muchas cosas en nuestras oraciones, no obstante que vuestra Verdad nos tiene dicho: *Que nuestro Padre celestial sabe y conoce nuestras necesidades, antes que lleguemos á pedirle cosa alguna.* (2) Con que lo que hacemos en confesaros nuestras miserias, y las misericordias que habeis usado con nosotros, es manifestar los afectos de amor, piedad, y gratitud que tenemos hácia vos, para que nos libreis enteramente de nuestros males, ya que habeis comenzado á libertarnos de ellos; y dejemos de ser miserables é infelices en nosotros mismos, y seamos en vos felices y bienaventurados: (3) pues vos nos llamasteis para que seamos pobres de espíritu, apacibles y

[1] *Psalm.* 47. 1. 95. 4. 144. 3.

[2] *Matth.* 6. 8.

[3] *Matth.* 5. 3.

mansos de corazon, llorosos, hambrientos y sedientos de justicia, misericordiosos, limpios de corazon y pacíficos.

Ved aquí, Señor, que os he referido muchas de mis cosas, que he podido y querido referirlas, porque vos anticipadamente quisisteis y me inspirasteis que me confesase á vos (1) Dios y Señor mio, conociendo yo que sois bueno, y que es infinita vuestra misericordia.

NOTAS.

(a) Vé aquí los efectos de estas confesiones.

(b) Estas son las mismas palabras con que el Santo Doctor comenzó sus Confesiones. Lib. 1. cap. 1.

(c) Lib. 2. cap. 1. n. 1.

CAPITULO II.

PIDE A DIOS MUY FERVOROSAMENTE LA INTELIGENCIA DE LA SAGRADA ESCRITURA.

PERO ¿cuándo sería yo capaz de re-

[1] *Psalm.* 117. 1.

ferir con la lengua de mi pluma todas las exhortaciones que me habeis hecho, (a) todos los terrores con que me habeis conmovido, todos los consuelos con que me habeis animado, y todos los medios de que se ha valido vuestra divina providencia, hasta conducirme insensiblemente al estado en que me veo, y al oficio de predicar vuestra palabra, y dispensar á vuestro pueblo los sacramentos de vuestra Iglesia? Y cuando yo fuese capaz de referir todo esto por su orden, me faltaría tiempo para ejecutarlo; y como le tengo tan limitado, que todos los instantes me son estimables y preciosos, los quisiera emplear en lo que hace mucho tiempo que deseo ardentísimamente, y es el meditar en vuestra divina Ley, y confesaros lo que en ella entiendo, y lo que ignoro: esto es, los progresos que tengo hechos en su inteligencia con las primeras ilustraciones que me habeis comunicado, y lo que me falta que entender por las reliquias de mis antiguas tinieblas, que no se disiparán enteramente, hasta que nuestra flaqueza, propia de esta vida, sea transformada en la fortaleza correspondiente á la eterna; y no quiero emplear en otra cosa (b) las horas que me quedan libres, despues de cumplir con las necesidades de dar su respectivo descanso y alimento al cuerpo y al espíritu, y despues de servir á los hombres en las cosas en que debemos servirlos por obligacion, y

tambien en otros asuntos en que los servimos, sin estar obligados.

3 Dios y Señor mio, (1) atended á mi oracion y dignaos de que vuestra misericordia cumpla éste mi ardiente deseo: pues no solo me incita á lo que es bien propio mio; sino tambien á lo que puede aprovechar á todos los que la caridad me hace mirar como hermanos: lo cual vos mismo, que penetráis lo mas íntimo de mi corazón, bien claramente veis y conoceis que es así.

Concededme, pues, que os ofrezca en sacrificio las operaciones de mi entendimiento y de mi lengua; pero dadme vos esos mismos pensamientos y palabras que os deseo ofrecer y sacrificar. Porque yo por mi mismo soy pobre y necesitado; *vos rico y abundante para todos los que os invocan*; (2) y seguro de que no se disminuirán vuestras riquezas, cuidais de vuestras criaturas, y las proveeis á todas. Separad mis lábios interiores y exteriores, mi entendimiento y mi lengua, de toda temeridad, y de toda mentira. Sean vuestras sagradas Escrituras mis castas delicias, y no permitais que yo me engañe en ellas, ni engañe á otro con ellas.

Atended, Señor, á las voces de mi alma, y

[1] *Psalm. 5. 3.*

[2] *Psalm. 85. 1. et Rom. 10. 1.*

tened misericordia de mí, Dios y Señor mio, que sois luz de los ciegos, fortaleza de los flacos: y por lo mismo sois la luz de los que son iluminados y ya ven, y la virtud y fortaleza de los que ya son fuertes. Atended á mi alma, y oíd las voces con que clama á vos desde la profundidad en que se considera. Porque si vuestros oídos no escucharan tambien los clamores que dirigimos á vos desde este profundo valle de miserias; ¿adónde hemos de acudir? ¿adónde hemos de clamar?

Vuestro es, Señor, el día, y vuestra es la noche: (1) y por disposición vuestra vuelan incesantemente los instantes de esta vida. Pues concededme de este mismo tiempo el espacio que necesito para meditar los secretos de vuestra santa Ley; y no me cerreis la puerta por donde se ha de entrar á la inteligencia de sus misterios, pues llamo á ella, para que me la abrais. Porque no en vano quisisteis que se escribiesen tantos libros sagrados, y en ellos tantos y tan oscuros misterios. ¿Acaso en estas selvas oscuras y sombrías de la Escritura sagrada no hay tambien místicos siervos, que se retiran nuevamente á ellas, ó que segunda vez vuelven á buscarlas, y en ellas se paseen, en ellas se apacienten y descansen en ellas, rumiándolas poco á poco? ¡Oh Se-

[1] *Psalm. 73. 16.*

ñor! perfeccionad en mí la inteligencia de vuestras Escrituras, que habeis comenzado á darme, descubridmelas y declarádmelas.

3 Mirad que vuestras palabras son toda mi alegría, y causan en mi alma tal placer y gozo, que excede á todos los demas deleites juntos. Concededme, Señor, esto que deseo, pues verdaderamente lo amo y lo deseo; y esto mismo vos me lo habeis dado. Pues no desampareis lo que es don vuestro, ni despreciéis á una alma deseosa de apacentarse de la verde y saludable yerba de vuestras Escrituras. Dadme, Señor, que yo publique y confiese en vuestra presencia todo cuanto hallare y entendiere en vuestros sagrados Libros: que oiga aquellas voces de alabanza vuestra: que sácie mi sed bebiendo allí vuestro espíritu; y que considere las maravillas que nos refiere vuestra santa Ley, comenzando desde el principio en que criasteis al cielo y á la tierra, hasta el perfecto establecimiento de aquel reino, que ha de durar con vos eternamente en vuestra santa ciudad y celestial Jerusalén.

4 Tened, Señor, misericordia de mí, y oíd este mi deseo: el cual, á mi entender, no es de cosa alguna terrena, no de oro ni de plata, ni de piedras preciosas, ni de vestidos hermosos, ni de honras y dignidades, ni de carnales deleites; ni tampoco es de las cosas necesarias al cuerpo y á esta vida de nuestra

peregrinacion: todo lo cual tambien nos lo dais vos, cuando *primeramente buscamos vuestro reino, y vuestra justicia.* (1)

Ved, Dios y Señor mio, á lo que se dirige mi deseo. *Los hombres malos é injustos, (c) me contaron sus deleites y placeres; pero no segun los causa vuestra santa Ley* (2). Hé aquí á lo que se reduce mi deseo. Vedle vos, Padre misericordioso, miradle vos, atendedle, y dignaos de aprobarle; y tened á bien por vuestra misericordia, que en presencia vuestra consiga yo la gracia de que se me manifesten los misterios de vuestras palabras, cuando tan de veras procuro y solícito entenderlas. Esto os suplico por nuestro Señor Jesucristo, vuestro Unigénito Hijo, que se nombra *Varon de vuestra diestra,* (3) y tambien hijo del hombre, á quien constituisteis Medianero entre vos y nosotros, y por cuyo medio nos habeis buscado cuando no os buscábamos (d) nosotros, pero nos buscasteis para que os buscáramos (4): por vuestro divino Verbo, por quien hicisteis todas las cosas, y á mí entre ellas: por vuestro Unigénito, por el cual llamasteis al pueblo de los fieles cristianos, al cual yo pertenezco, para adoptarnos por hijos

- [1] *Matth.* 6. 33.
 [2] *Psalm.* 118. 85.
 [3] *Psalm.* 79. 18.
 [4] *Joan.* 1. 3.

vuestros: por aquel Señor os lo suplico y ruego, (1) que *está sentado á vuestra diestra, é intercede por nosotros, en el cual están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia* (2). Estos tesoros son los que yo busco en vuestros sagrados Libros. De él trató en ellos Moysés, segun el mismo Señor, que es la Verdad eterna, nos lo tiene revelado (3).

NOTAS.

(a) En estas palabras nos dá á entender el Santísimo Doctor, lo mucho que deja de referir, ya acerca de los llamamientos interiores y exteriores que tuvo antes de su conversion, ya acerca de las ilustraciones, avisos y favores que sintió, recibió y esperimentó despues. Y pudiéramos quejarnos amorosamente de su humildad profundísima, por la cual nos ha privado de los mejores y mas admirables pasages de su vida, que nos servirian precisamente de mucha edificacion. Determinadamente omite el Santo los medios asombrosos

- [1] *Rom.* 8. 34.
 [2] *Colos.* 2. 3.
 [3] *Deut.* 18. 15.—*Joan.* 5. 46.

con que Dios le obligó, le estrechó, le precisó á aceptar el obispado, de que el Santo estaba muy ageno y remotísimo. Pero entre otros motivos fuertes le obligaron á esto las amenazas que hace Dios en su Evangelio contra los que no quieren trabajar por la salud de sus hermanos, y cargarse de las obligaciones de aquel empleo, que el mismo Jesucristo y sus Apóstoles tomaron á su cargo. Véase el Libro 10 n. 70., y la obra del Santo, intitulada, de *Opere Monachorum*, cap. 3. 29. &c.

(b) Aquí está el Santísimo Doctor señalándonos como con el dedo, las ocupaciones que habian de tener todos los eclesiásticos, esto es, manejar, revolver, estudiar las divinas Escrituras, en que el mismo Dios habla inmediatamente con ellos, para que ellos despues hablen, instruyan y enseñen á los fieles. Tambien nos enseña, cuánto aprecio y estimacion hacia de todos los instantes del tiempo, siendo todo lo que aquí dice el Santo, una implícita y eficacísima reprehension de los que le malgastan y desperdician en ociosidades continuas, cuando no en obras y ocupaciones indignas, torpes y escandalosas.

(c) Alude á los maniqueos, y á las inteligencias é interpretaciones que ellos daban á varios lugares de la sagrada Escritura; cuyas esposiciones desagradaban á San Agustin de tal modo, que le sirvieron de mayor estímulo para aplicarse á entender sus sentidos y mis-

terios con las ancias, deseos y súplicas, que aquí leemos.

(d) Hace alusion á las palabras de Isaías, que en persona de Dios dice: *Inventus sum á non quaeréntibus me: palàm apparui his, qui me non interrogábant.* Cap. 20. (1).

CAPITULO III.

QUE NO SE PUEDE ENTENDER SIN ILUSTRACION DIVINA, LO QUE MOYES DEJÓ ESCRITO DE LA CREACION DEL CIELO Y DE LA TIERRA.

HACED, Señor, que yo perciba de vos y entienda (a) cómo criásteis en el principio el cielo y la tierra (2). Moyses dejó esto escrito; pero despues de escribirlo, dejó tambien de vivir en este mundo: y desde aquí, donde estaba con vos, pasó á estar con vos mismo; y así no le tengo delante de mis ojos: porque si él estuviera aquí presente, me asiría de él, y le rogaría, y aun por vos mismo le suplicaría que me esplicase y declarase estos misterios: y escucharía con la mayor atencion todas las palabras que saliesen de su bo-

[1] 65. v. 1. et Rom. 10.

[2] Gen. 1.

ca. Y si me hablara en el idioma hebreo, su voz pulsaría en vano mis oídos, pues no pudiera llegarlo á percibir mi entendimiento; mas si me hablara en latin, le entendería muy bien.

¿Pero en qué habia yo de conocer, si él me decia verdad? y dado caso que yo lo conociese, ¿sería él mismo quien me lo haria conocer? La verdad misma, que interiormente reside en el domicilio de mi alma, donde se hacen y forman mis pensamientos, y que ni es hebrea, ni griega, ni latina, ni bárbara, ni necesita de los órganos de la boca y de la lengua, sin ruido alguno de silabas me diria interiormente, *Moysés dice la verdad*; y yo al instante certificado, con toda seguridad y confianza le diria á aquel gran siervo vuestro, *verdad es lo que me dices*. Pues no pudiendo ahora preguntarle á él, os ruego á vos Dios mio, que sois la eterna Verdad (de quien estando él lleno dijo tantas verdades) que primeramente me perdoneis (b) mis pecados, y que así como á él le concedisteis referirnos estas cosas, á mí tambien me concedais entenderlas.

NOTAS.

(a) Es digna de notarse la humildad de este Doctor Santísimo; pues muchos años an-

tes de que escribiese esta obra, habia escrito otras dos diferentes sobre el Génesis, la una contra los maniqueos, y la otra intitulada: *Libro imperfecto del Génesis á la letra*; y no obstante eso, pide aquí con la misma docilidad que pudiera un niño, que le conceda su divina magestad entender aquello mismo en que estaba tan versado, y en que estaba tan acreditado, que la Iglesia de Africa le encargó que se dedicase enteramente á la esposicion de las sagradas Escrituras.

(b) Antes pide á Dios el perdon de sus pecados, y despues la inteligencia de las divinas Escrituras que deseaba tanto: enseñándonos el órden con que debemos pedir á Dios sus favores y gracias, comenzando por el perdon de nuestras culpas.

CAPITULO IV.

LAS CRIATURAS CLAMAN QUE DIOS ES SU
HACEDOR.

6 **H**E aquí pues, que el cielo y la tierra existen; y en alta voz nos dicen que fueron hechos, pues se mudan y varían. Porque en todo lo que existe sin haber sido hecho, no hay cosa alguna ahora, que antes no la hu-

biera, en lo cual consiste el mudarse una cosa y variarse.

Claman tambien, que no se han hecho á sí mismos, diciendo: *Por tanto somos, por cuanto somos hechos; luego antes de que fuésemos, no eramos ó existíamos, para poder hacernos á nosotros mismos.* Y la voz con que lo dicen, es la misma evidencia que se tiene de ello.

Con que vos, Señor, habeis hecho estas cosas: vos, hermosura infinita, las hicisteis, pues verdaderamente son hermosas: vos, suma bondad las criasteis, pues ciertamente son buenas: vos, soberano *Ser* las habeis hecho, porque ciertamente son. Pero ni ellas son tan hermosas, ni tan buenas, ni tan existentes como vos, Criador de ellas; pues comparadas con vos, ni son hermosas, ni son buenas, ni aun siquiera son. Todo esto ya lo sé, gracias á vos. Y tambien sé, que esta ciencia mia, comparada con la vuestra es ignorancia.

CAPITULO V.

QUE EL MUNDO FUE HECHO DE NADA.

7 **P**ERO, Señor, ¿de qué modo hicisteis el cielo y la tierra? ¿ó cuál fué la máquina de que os servisteis para una obra tan grande?

Porque vos no hicisteis esto al modo que un artifice hace sus obras, valiéndose de un cuerpo para formar otro cuerpo, comunicándole aquella figura que el alma voluntariamente y por arbitrio suyo ha trazado en su interior, y mirándola con su vista intelectual consigue en algun modo trasladarla á lo exterior. Pero aun esto ¿cómo lo podria hacer el alma, si vos no la hubierais hecho á ella? Fuera de que el alma no imprime aquella forma que tiene imaginada, sino á un cuerpo exterior que ya existia, y que tenia su ser substancialmente perfecto, como v. gr. á la tierra, á la piedra, al leño, al oro, ó á otra cualquier materia semejante. ¿Y á caso existirian estos cuerpos, si vos tambien no los hubierais criado?

Vos, Señor, hicisteis aquel cuerpo de que consta el mismo artifice, y el alma que manda y hace trabajar á los miembros de su cuerpo, y tambien la materia en que trabaja y de que hace alguna cosa: vos le disteis el ingenio con que aprendiese aquel arte, y con que pudiese ver trazada en su interior la misma obra que él hace y trabaja fuera: vos le disteis los sentidos corporales, por cuyo medio pasa desde el alma á la materia, no solamente la idea de aquella obra que exteriormente trabaja, sino tambien vuelve desde la obra á lo interior del alma la noticia de lo que exteriormente ha trabaja-

do y hecho, para que ella consulte á la verdad interior que tiene dentro de sí misma y la preside y gobierna, á ver si está bien ó mal hecha aquella obra.

Todas estas cosas os alaban y reconocen como Autor y Criador de todas ellas. Pero ¿cómo las hicisteis? ¿De qué modo, Dios mio, hicisteis el cielo y la tierra? Bien cierto es, que no hicisteis el cielo y la tierra, ni en el cielo ni en la tierra, ni tampoco en el aire, ó en las aguas; porque tambien estas cosas son una parte del cielo y de la tierra. Ni el mundo universo le hicisteis en el mismo universo mundo; porque no habia donde hacerle, antes de hacerle para que le hubiese. Ni teniais cogida en vuestra mano alguna cosa, para formar de allí el cielo y la tierra; porque de ¿dónde habia de haber venido aquella materia que vos no hubieseis criado, de la cual hicieseis alguna cosa? ¿Ni qué cosa hay que tenga ser alguno que no sea derivado de vuestro Sér verdadero? Con que vos solamente digisteis que fuesen hechas todas las cosas: (1) y con decirlo, todas fueron hechas: y así con vuestra palabra las hicisteis.

[1] *Psalm. 32. 9.*

CAPITULO VI.

CUAL FUE LA PALABRA CON QUE DIJO DIOS, QUE SE HICIESE EL MUNDO.

8 **M**as ¿cómo lo digisteis? ¿Fue acaso de aquel modo con que se formó la voz que desde la nube dijo: *Este es mi Hijo muy amado?* (1) porque aquella voz se hizo y se deshizo; comenzó y finalizó. Las sílabas de que constaba, sonaron y pasaron, la segunda despues de la primera, la tercera despues de la segunda, y así las demás por su orden, hasta que sonó y pasó la última despues de todas, y á ella se siguió el silencio. Por lo cual evidentemente se descubre, que aquella voz fué formada mediante el movimiento de una cosa criada, que no obstante ser temporal y transitoria, servia á vuestra voluntad eterna.

Estas palabras hechas así en tiempo y sucesivamente, desde el oído exterior pasaron á lo interior del alma sábia y prudente, cuyo oído espiritual está aplicado á vuestra palabra eterna. Y comparando el alma estas palabras,

[1] *Matth. 17. 5.*

que suenan y se oyen temporal y sucesivamente, con vuestra palabra eterna que se percibe en el silencio, dijo: „Es grande y grandísima „la diferencia. Porque estas palabras son muy „inferiores respecto de mí misma, y aun com- „paradas con mi sér no son: porque huyen, „pasan, y se desvanecen; pero la palabra de „mi Dios y Señor es infinitamente superior á „mí, y eternamente dura, y permanece.” (1)

Con que si con palabras que suenan y pasan hubierais dicho que se hiciera el cielo y la tierra, y en virtud de tales palabras hubierais hecho cielo y tierra; precisamente habia de haber antes de la creacion de cielo y tierra, alguna criatura corporal, con cuyo movimiento sucesivo fuese aquella voz sonando temporal y sucesivamente. Y es ciertísimo, que ningun cuerpo existía antes del cielo y la tierra: y si algun cuerpo hubiera existido ántes, sin duda que le habriais criado voz, sin valeros para criarle de alguna voz temporal y transitoria, para que despues hicieseis con el movimiento del tal cuerpo aquella voz pasagera ó sucesiva, con que habiais de decir y mandar que se hiciesen cielo y tierra. Porque á la verdad, cualquiera cosa que fuese aquella de que se formase aquella voz ó palabra temporal y pasagera, de ningun modo pudiera existir ó

[1] *Psalm.* 116. 2.

tener sér, no teniéndole recibido y participado de vos. Pues si esto hubiera sido así; ¿con qué palabra digisteis que se hiciese aquel primer cuerpo, del cual se formasen estas otras palabras sucesivas?

CAPITULO VII.

LA PALABRA DIVINA ES COETERNA A DIOS.

9 **N**os excitaís, pues, con esto á la inteligencia de aquella *palabra*, que es Dios y permanece en Dios, la cual eternamente se dice, y con ella se dicen eternamente todas las cosas. Porque aquella palabra eterna no es como las demás, en que se acaba la que se decía, y despues se dice otra, para que así puedan irse diciendo todas; sino que ella eternamente dice todas las cosas de una vez. Pues de lo contrario se siguiera, que ya habia tiempo y mutacion en aquella *palabra*, y no verdadera eternidad, ni verdadera inmortalidad. Esto, Dios mio, lo tengo ya conocido, y os doy gracias por ello. Yo os confieso, Señor, que lo conozco y entiendo, y juntamente conmigo lo entienden, y os agradecen tambien el entenderlo, los que no son ingratos á una verdad tan cierta.

Bien conocemos, Señor, bien conocemos, que en cuanto alguna cosa deja de ser lo que era, ó comienza á ser lo que no era, en tanto es verdad que muere, ó nace. Luego nada de vuestra divina *palabra* cede ni sucede, acaba ni comienza, porque verdaderamente es inmortal y eterna. Y así con vuestra *palabra* coeterna, á vos decís eternamente y de una vez todo lo que decís: y se hace todo aquello que vos decís que se haga. Ni de otro modo hacéis todas las cosas, sino diciendo que se hagan; aunque todas las cosas que diciendo hacéis, no se hacen eternamente y de una vez.

No entiendo

CAPITULO VIII.

LA PALABRA DE DIOS ES EL PRINCIPIO POR DONDE SE NOS ENSEÑA TODA VERDAD.

10 **M**AS decidme os ruego, Dios y Señor mio, ¿por qué sucede esto así? Yo de algun modo lo alcanzo, mas no sé como lo explique, sino diciendo que todo lo que comienza á ser, y deja de ser, entónces comienza y entónces acaba, cuando la razon eterna, en quien ninguna cosa comienza ni acaba, conoce que debió comenzar ó acabar. Aquella

razon eterna es una misma cosa con vuestra divina *palabra*, y es tambien aquel *principio* que nos habla (1) interiormente.

Así habiéndose hecho hombre, nos lo dijo en su Evangelio corporalmente: y esto mismo pronunció y habló á los oídos humanos exteriores, para que dando crédito á sus palabras, le buscásemos en el fondo de nuestro corazon, y le hallásemos en la verdad eterna que preside allí, donde el bueno y solo maestro enseña á todos sus discípulos.

Allí, Señor, oigo vuestra voz que me dice: *Que aquel* habla para nosotros, que nos instruye y enseña: *Pero el que* no nos enseña, aunque hable, no habla para nosotros. Pues ¿quién es quien nos enseña, sino la misma verdad invariable? porque aun cuando por medio de alguna criatura mudable somos amonestados, es para guiarnos y conducirnos á la verdad invariable y permanente. Allí es donde verdaderamente somos enseñados y aprendemos, cuando estamos atentos oyendo lo que nos dice: y nos llenamos de un gozo muy grande *al oír la voz del Esposo*, (2) y volviéndonos á nuestro principio.

Es, pues, nuestro principio la verdad eterna; porque si no fuera inmutable y permanente, cuando errásemos, no tendríamos ya

[1] Joan. 8. 25.

[2] Joan. 3. 29.